

nihil proficiunt. No sea así, mis amados fieles: si hasta el presente habeis empleado mal los años de vuestra vida, emplead santamente los pocos ó muchos que aun os quedan por vivir. Apresuraos á reparar con la penitencia vuestros desaciertos pasados: emprended desde hoy una vida mas cristiana y fervorosa: trabajad para que, cuando la hora de la muerte llegue, Dios os halle dignos del cielo. Amen.

CARNAVAL.

Hé aquí un tiempo en que un gran número de cristianos, desertando de las banderas de Jesucristo, y abrazando prácticamente los usos y ceremonias del torpe gentilismo, se entregan sin freno y sin pudor á los excesos mas enormes y detestables. Bailes, máscaras, discursos obscenos, juntas nocturnas, destemplanza en el comer y beber, con todas las abominaciones que les son consiguientes, ved ahí los entretenimientos que el libertinaje ha inventado para este tiempo de perdicion. El cura que, en cumplimiento de su deber, quiera prevenir semejantes desórdenes, es menester se anticipe á ellos, combatiéndolos esforzadamente antes que lleguen.

Por esto el domingo de Septuagésima ha de comenzar á declamar con vigor contra los abusos del carnaval, haciendo ver á sus feligreses cuán injuriosos son á Dios, cuán opuestos al espíritu del Cristianismo, y cuán perjudiciales á las almas. Antes que todo hágales notar el contraste singular y ridículo que forman con la tristeza y el dolor á que la Iglesia se entrega en aquellos mismos días, suprimiendo sus cánticos de alegría, y adoptando en los ornamentos el color morado, simbolo de penitencia y afliccion. Recuérdeles despues lo mal que salió á los hebreos el carnaval que celebraron á la falda del monte Sinai; el fuego que consumió las ciudades de Pentápoli en castigo de los excesos á que se entregaron sus moradores; el diluvio universal que Dios creyó debia enviar á la tierra, para purificarla de unos delitos que en nada excedian á los que comunmente se cometen en los

días de carnaval. Por último tráigales á la memoria las promesas solemnes que en el Bautismo hicieron á Dios de renunciar al mundo, al demonio y á la carne; promesas que, si no fueron una mentira, deben retraerlos de tomar parte en las desenvolturas propias de tales días.

Pero aun esto no basta. Si el cura quiere combatir el mal con buen éxito, es indispensable que en los tres últimos días disponga una función religiosa, como ya se practica en diferentes parroquias, en la que, despues de haber procurado aplacar con oraciones humildes y fervientes la justicia de Dios provocada con tantas maldades, haya sermón sobre alguno de los novisimos. Por este medio conseguirá que sus ovejas oigan saludables desengaños, y se abstengan de toda participacion con la gente mundana y perdida. A fin de que tenga á la mano todos los asuntos que se puedan desear para predicar en los días de carnaval, vamos á ponérselos aquí completos y arreglados, en la forma que nos pareciere podrán resultar de mayor provecho.

Angustias del pecador moribundo.

Circumdederunt me dolores mortis. (Psalm. xvii, 5).

En medio de ese bullicio y gritería que levanta el mundo en estos días de disolucion, séame permitido, cristianos, esforzar mi débil voz para daros un saludable desengaño, y hacer ver el triste paradero que han de tener todas esas bullas y disoluciones. Para la gente mundana hoy todo es alegría, todo es gozo, todo es satisfaccion: en nada piensan sino en alegrarse, en divertirse, en saciarse de satisfacciones y placeres. «El tiempo de la vida es corto, dicen con aquel insensato de quien

«nos habla el Sábio¹, y nuestros días van á desvanecerse como la ligera nubecilla que disipa el sol. Lo que será de nosotros despues de la muerte, ¿quién puede decirlo? Tal vez «quedarémos reducidos á la nada: tal vez nuestra alma, como la de los jumentos, morirá al último latido de nuestro corazón: tal vez el sepulcro será nuestra morada eterna. Lo «cierto es que hasta ahora nadie ha venido del otro mundo á «darnos razon de lo que allí pasa. ¿Qué hacemos, pues? Apresurémonos á gozar de este mundo mientras pasa la ocasion: «coronémonos de rosas antes no se marchiten: alegrémonos, «divirtámonos mientras la oportunidad nos brinda. Afuera es- «crúpulos, afuera aprehensiones, afuera melancolías: goce- «mos mientras vivimos, que despues será lo que será.»

Así discurren, así hablan ahora estos pobres insensatos; pero día vendrá en que discurrirán y hablarán de otro modo. Cuando la última enfermedad les venga encima, cuando aquejados de dolores se vean reducidos á los postreros momentos, cuando se hallen en los espantosos umbrales de la eternidad, ¡ah! ¡ah! entonces cambiando de tono exclamarán con el Profeta: *Circumdederunt me dolores mortis*, por todas partes me rodean las angustias de la muerte, y á doquiera que vuelva la vista, no descubro sino motivos de temor y desesperacion. Si miro el pasado, descubro una vida toda llena de culpas: si miro el presente, me veo en el mas triste abandono: si miro el porvenir, vislumbro los grandes castigos que me aguardan: *Circumdederunt me dolores mortis*.

Estas son, fieles míos, las crueles angustias que oprimen al pecador á la hora de su muerte. En aquella hora fatal todo se conjura contra él, todo conspira á afligirle y atormentarle. El pasado le asusta, el presente le abate, el porvenir le des-

¹ Sap. ii.

pera. El pasado le pone á la vista todas sus culpas, ¡qué espanto! El presente le hace ver el abandono en que se halla, ¡qué tormento! El porvenir le representa la justicia de Dios que ha provocado, ¡qué desesperacion! Reflexionemos sobre estas tres circunstancias; y vivamos de modo que no hayamos de vernos en ellas.

La memoria de los pecados hace en el pecador diferente impresion, segun es diferente el estado en que él se halla. Cuando goza de buena salud, sus pecados le dan tan poco cuidado, que los cuenta por nada; pero cuando se halla en el trance de la muerte, le causan tal horror, que no puede soportar su memoria. Mirad á aquel célebre pecador de quien se nos habla en el primer libro de los Macabeos, quiero decir, al rey Antíoco. Durante su vida no sintió un solo remordimiento por sus culpas, y esto que las habia cometido muy enormes. Él habia derramado la sangre de muchos inocentes, él habia oprimido á Israel con toda suerte de tiranías, él habia llevado su audacia hasta los altares del verdadero Dios, despojando el templo de todos sus vasos y adornos. No obstante, durante su vida jamás hizo reflexion sobre tan enormes culpas, á lo menos el texto sagrado no lo indica. Mas tan pronto como vió acercársele la muerte, se conturba, se estremece, se abate; y reconociendo la triste situacion en que se halla, exclama: ¡Infeliz de mí! ¿á qué situacion tan deplorable estoy reducido? ¿En qué abismo de tristeza me veo sepultado?—¿Qué dices, Antíoco?... Pocos dias há que estabas haciendo el bravo, nada te hacia miedo, burlábaste de Dios igualmente que de los hombres: ¿y ahora temes? ahora palideces? ahora pierdes el ánimo?—¡Ah! dice este Príncipe desventurado, es que ahora reflexiono lo que antes no reflexionaba. Ahora me acuerdo de

todos los males que hice en Jerusalem: la sangre inocente que derramé, el templo santo que invadí, los pillajes y dilapidaciones que autoricé, tantos pecados sobre los cuales jamás habia hecho reflexion, se me presentan ahora con su cara disforme y horrible, y me atormentan cruelmente el alma: *Nunc reminiscor malorum quæ feci in Jerusalem* ¹.

Hé aquí, cristianos, lo que ordinariamente sucede á esos valientes que, mientras están en buena salud, de todo se rien, de todo se mofan, haciendo ridícula ostentacion de su impiedad y libertinaje. Cuando despues se ven en el lecho de la muerte, cuando entienden que van á morir, ¡ah! allí es de ver como tiemblan, como se conturban, como se abaten. ¡Ay de mí! exclaman, *Nunc reminiscor malorum quæ feci*, ahora me acuerdo de tantos pecados como he hecho en mi vida: tantas torpezas que he cometido, tantas injusticias que he hecho, tantos Sacramentos que he profanado, tantas blasfemias que he proferido, tantas fiestas que he dejado sin santificar, todo, todo me viene á la memoria, y se presenta á mi consideracion con un visaje horrible que me espanta.

Esto sucede así, porque en aquella postrera hora comienza el miserable pecador á sentir las crueles mordeduras de aquel gusano interior del cual dice Jesucristo, que jamás morirá: *Vermis eorum non moritur* ². Este gusano, que no es otra cosa que el grito de la mala conciencia, comienza entonces á roer desapiadadamente el corazon del infeliz pecador, sin darle tregua ni descanso. Tú has cometido tales y tales impurezas, le dice la conciencia, y esta es la hora en que aun no has hecho penitencia de ellas.—Calla, conciencia importuna, responde el infeliz, y no vengas á inquietarme.—Pero ¿no oyes, replica la conciencia, los lamentos del inocente que escandaliza

¹ I Mach. vi, 12. — ² Marc. ix, 43.

zaste, los gritos del pobre á quien oprimiste, los suspiros de la infeliz doncella á quien robaste la castidad y el honor?— ¡Ah, gusano cruel! dice el desventurado, apártate de mí, y déjame en reposo.— ¡Reposo!!! ¿puede acaso tenerlo quien, como tú, ha pasado toda la vida en el pecado? Acuérdate de tu juventud... repasa el tiempo de tu virilidad... examina tu vejez.— Quítate, mónstruo del abismo, grita el desgraciado, y déjame de una vez.— ¿Yo dejarte? no: yo te representaré eternamente tu pecado: yo bajaré contigo á los infiernos: yo te perseguiré hasta lo mas profundo de los abismos. Jamás te soltaré, jamás: y esas crueles mordeduras que ahora sientes, no son mas que un principio, un ensayo de las que sufrirás por toda la eternidad.

¡Pobre pecador! en la hora de tu muerte no solo se te pondrán delante todos tus pecados, sino que se te presentarán con todo su horror y deformidad. Al presente tú los tienes por nada, ó cuando mas por cosas de poca importancia. En tu concepto las mas grandes deshonestidades no pasan de pequeñas bagatelas, las conversaciones impuras no son mas que entretenimientos inocentes, las libertades tomadas con personas del otro sexo no son otra cosa que muchachadas perdonables á la juventud. La venganza la reputas por grandeza de alma, la ambicion por generosidad, el odio por pundonor, la avaricia por prevision, el desprecio de las cosas divinas por despreocupacion y elevacion de espíritu. Mas en la muerte las cosas aparecerán como realmente son, y tomarán sus verdaderos nombres. Los pensamientos deshonestos aparecerán como verdaderas fornicaciones, las palabras obscenas como escándalos horribles, los tratos y amistades como ocasiones próximas de pecado. La venganza se llamará pasion brutal, la ambicion pasion de demonio, la usura robo, la despreocupacion impiedad, el desprecio de las cosas divinas libertinaje.

Tú verás entonces lo que al presente no sabes, ó no quieres ver: tú verás la grandeza de aquel á quien ofendiste, la bajeza y la nada de tu condicion, la temeridad y audacia de un vil gusano que se atrevió á rebelarse contra la suprema Majestad: tú verás todos los compañeros que has pervertido, todos los pobres que has arruinado, todas las doncellas que has inducido al mal. Todo esto verás tú; y viéndolo, bramarás de indignacion, rechinarán tus dientes, y tus huesos crujirán por el horror y el espanto. Así te lo tiene pronosticado el real Profeta: *Peccator videbit, et irascetur: dentibus suis fremet, et tabescet*¹.

No solo, fieles mios, atormenta al pecador moribundo la aprehension de sus culpas pasadas, sino tambien el conocimiento del abandono en que se halla de presente. No hablo del abandono en que tal vez le dejan sus domésticos, quienes, si bien le cuidan en lo que toca al cuerpo, le desamparan en lo que pertenece al alma, disimulándole cautelosamente el peligro de morir en que se halla, retardándole lo mas que pueden la administracion de los Sacramentos, haciéndole gastar en testamentos y cuidados de familia un tiempo precioso que solo debiera emplear en la salvacion del alma; cumpliéndose así lo que dijo Jesucristo, que los principales enemigos del hombre suelen ser sus propios domésticos: *Inimici hominis, domestici ejus*². Tampoco hablo del desamparo en que queda por parte de los santos Ángeles, quienes, viendo que el tiempo de su proteccion ha ya pasado, y que su asistencia seria inútil, se retiran de él, diciendo lo que dijeron sobre Jerusalem poco antes de ser tomada por los romanos: *Migremus hinc, migremus hinc*, salgamos de aquí, donde nada tenemos ya que hacer: retirémonos de esta alma, cuya perdicion es inminen-

¹ Psalm. III, 10. — ² Matth. x, 36.

te : cedámosla al demonio, que tiene sobre ella un derecho incontestable.

Tristes son en verdad estos abandonos ; pero el mas sensible, el mas deplorable, y al mismo tiempo el mas justo, es el de Dios. En aquel formidable trance experimenta el pecador el cumplimiento de aquella amenaza que Jesucristo le tiene hecha en el Evangelio : « Me invocareis, y no os oiré : me buscaréis, y no me dejaré hallar : querréis reconciliaros conmigo, y os dejaré morir en vuestro pecado. » ¡ Ah, mi Dios ! exclama el pecador moribundo, ¡ ah, mi Dios ! tened piedad de mí. — ¿ Yo tu Dios ?... ¿ Y desde cuándo lo soy ? Mientras tú has creído no haberme menester, jamás me has reconocido por tal. ¡ Tu Dios ! mírale en esa infeliz criatura, á quien infinitas veces has llamado tu divinidad. ¡ Tu Dios ! héle en esos compañeros de vicio, cuya amistad has preferido á la mía. ¡ Tu Dios ! mírale en ese dinero, que siempre ha sido el ídolo de tu corazón. Corre, corre á esos dioses, á quienes hasta ahora has servido, llámalos á tu socorro, díles que vengan á auxiliarte en esta necesidad : *Vade ad prophetas patris tui*¹. ¿ Dónde está aquella amiga que te tiene jurado un amor eterno ? ¿ Qué hacen aquellos compañeros de libertinaje, en quienes tienes puesta toda tu esperanza ? *Ubi sunt dii tui* ? Que vengan, que vengan ahora á socorrerte : *Surgant, et opitulentur tibi*. — ¡ Oh desamparo ! ¡ oh mal sin consuelo que no encuentra alivio ni en los hombres, ni en los Ángeles, ni en el mismo Dios !

El profeta Amós nos da una idea exacta de este abandono general y funesto en que se halla el pecador en la muerte, bajo la figura de un viajero á quien en medio del camino le sale al encuentro un fiero leon. Espantado con su vista, retrocede precipitadamente, y toma otra direccion ; pero hé aquí á un oso

¹ IV Reg. III, 13.

hambriento que, acometiéndole con furia, va á despedazarle entre sus garras. Toma el infeliz de nuevo la fuga, y corre á refugiarse dentro una casa ; mas al entrar en ella se le echa encima una horrible serpiente, que le hiere de muerte. *Quomodo si fugiat vir à facie leonis, et occurrat ei ursus : et ingrediatur domum... et mordeat eum coluber*¹. Hé aquí la verdadera imágen del pecador moribundo. Por un lado le asalta la muerte, á manera de un leon furioso, y en un momento, como dice Job, devora su vida y todos sus bienes : por otro le sale al encuentro la justicia divina que, cual osa enfurecida á quien han robado sus hijos, le está buscando para hacerle presa de su furor : al propio tiempo su propia conciencia, como una serpiente horrible, le roe y desgarrá el alma, poniéndole á la vista la enorme multitud de sus culpas. ¿ Cabe desgracia igual ? ¿ Cabe situacion mas angustiosa y lamentable ?

Pero estas angustias no son sino el principio de otras todavía mayores ; porque si el abandono presente le llena de desconsuelo, la aprehension de lo venidero le arroja en un abismo de desesperacion. San Gregorio, representándonos el infeliz estado de una alma pecadora que está próxima á salir del cuerpo, dice, que la desgraciada tiembla, suspira y brama de horror ; porque se ve obligada á comparecer cuanto antes en el tribunal del supremo Juez, á quien sabe tiene sumamente irritado : *Exire de corpore trepidat ; quia quem contempsisse se meminit, judicem formidat*². ¿ Y cómo no ha de temblar la desventurada, cuando los mismos Santos, en habiendo de morir, se sienten poseidos de un miedo pavoroso ? El grande Hilarion, aquel héroe del desierto que en un cuerpo humano habia hecho una vida de Ángel, estando para dar el último suspiro, sintió de repente un tal horror á aquel terrible paso, que se vió precisado

¹ Amos, v, 19. — ² D. Greg. Hom. 13.

á dar ánimo á su propia alma, que no osaba salir de la carne. Arsenio, aquel ángel de las soledades, que por muchos años habia vivido en una gruta, llevando una vida tan pura como penitente, viéndose á punto de morir, se halló tan afectado por la viva aprehension de la cuenta que en breve habia de dar, que sus mismos discípulos se vieron precisados á animarle, recordándole los muchos años que habia empleado en servir á Dios. Ahora bien : si al ver acercarse la muerte los mas grandes Santos tiemblan, ¿qué ha de hacer el infeliz pecador? Si los robustos cedros del Libano se estremecen, ¿que será de la frágil caña del desierto? Y si, como dice san Pedro, el justo apenas se salvará, el pecador y el impío ¿dónde irán á parar? *Et si justus vix salvabitur, impius et peccator ubi parebunt* ¹?

¡Ah! bien lo comprende el infeliz, y por esto muestra tanta resistencia á pasar al otro mundo. Sal, alma cristiana, le dice el sacerdote que le asiste, sal de este mundo : *Proficiscere, anima christiana, ex hoc mundo*. ¡Ay de mí! exclama el infeliz, ¿alma cristiana, me llaman? Mejor se me llamaria alma de bestia. ¿Dónde están en mí las señales de cristiano? ¿No he sido yo quien he deshonrado el carácter de mi bautismo? ¿No he sido yo quien he violado los juramentos solemnes que hice á Dios? ¿No he sido siempre un fiel servidor del demonio, un vil esclavo de mi carne, un fanático idólatra del mundo? ¡Alma cristiana! ¿merece este nombre quien, como yo, ha vivido como un pagano, ha hablado como un ateo, ha obrado como un materialista? ¡Alma cristiana! mejor me fuera que mi alma fuese la de un moro, la de un sarraceno, ó la de un judío : así no tendria que dar una cuenta tan terrible. — Sal de este mundo, vuelve á decir el sacerdote : *Proficiscere ex hoc mundo*. ¡Ay qué intimacion tan dura! piensa el desgraciado, ¡ay qué orden

¹ 1 Petr. iv, 31.

tan amarga! ¿No seria posible suspenderla? ¿No seria dable diferir el cumplimiento? — No, dice el ministro de Dios, es preciso marchar, y marchar pronto : *Proficiscere*. — Pero no estoy dispuesto para ello : tengo grandes pecados que confesar, grandes restituciones que hacer, grandes daños que reparar. — Esto, dice el sacerdote, debias haberlo prevenido antes; lo que ahora urge es partir, y partir luego : *Proficiscere*. — Un dia de plazo siquiera... una hora... algunos momentos. — La hora ha sonado ya : la muerte está aquí aguardando : pronto, pronto, un adios al mundo, un beso al Crucifijo, cerrar los ojos, y vamos al tribunal de Dios : *Proficiscere*.

Pecador que me escuchas, tú te hallarás algun dia en este funesto estado, tú has de verte infaliblemente en él, si no lo previenes con un verdadero cambio de vida. Está decretado en los consejos eternos, dice san Pablo, que el hombre muera, y muera una sola vez : *Statutum est hominibus semel mori* ¹. Y así no debes dudar que de aquel punto depende irrevocablemente tu dicha ó desgracia eterna. ¡Oh punto decisivo de una eternidad toda entera! ¡oh momento que es el fin y el principio de todo : el fin de todo lo de esta vida, y el principio de todo lo de la otra : el fin del tiempo, y el principio de la eternidad! Haz ahora, carísimo, lo que en aquel punto quisieras haber hecho. Lloras tus pecados, para que entonces no venga á atormentarte su memoria : aplaca á Dios con la penitencia, para que entonces no hayas de verte abandonado de él : vive bien al presente, para que entonces no te aflija el temor de lo venidero. Así morirás con la muerte de los justos, que no es mas que un cambio de una vida temporal y miserable en una vida eterna y gloriosa. Amen.

¹ Hebr. ix, 27.